

Para escribir sobre Cahuín (1) y su autor, lo primero que hay que hacer es sacarse los anteojos. (Unos anteojos muy gruesos, de crítico, que uno usa sin saberlo y que impiden familiarizarse demasiado con cualquiera obra; unos anteojos graves, muy eruditos y circunspectos, que van naciendo de a poco sobre la nariz del aficionado a la literatura). Además, es conveniente sacarse el vestón. Despeinarse un poco. Estirarse. Sentarse en el suelo.

Gracias a José Miguel Varas, la lectura —que es el más artificioso vicio intelectual— se transforma en el más natural de los placeres. "Cahuín" es un libro que tiene toda la apariencia de las cosas que nacen por generación espontánea. Es como un brinco dado por puro gusto. Es un libro desordenado que puede leerse de atrás para adelante, en cualquier orden. Es un libro informal, un libro que de repente puede escaparse y salir a vivir quién sabe qué aventuras, un libro que puede olvidarse en cualquiera parte y que puede leerse en cualquiera parte también. Puede leerse en un tren, en una sala de espera, arriba de un árbol, en un tranvía. Puede leerse a medianoche, entre dos sueños. Hasta puede leerse entre los muros de una biblioteca, lo que constituye la gran prueba de los libros.

"Cahuín" es un conjunto desordenado de ideas desordenadas, de imágenes, de sueños, de recuerdos de colegio. Recuerdos frescos, que parece que se estuvieran inventando ante uno como una pillería de estudiante, y no que se estuvieran desarchivando y desempolvando después de muchos años, marchitos ya, como esas memorias de viejos cluecos que salen a empoñar recuerdos. En sus páginas, las cosas despiertan a la vida. Un poste es un carabnero que se quedó cuidando una casa para siempre y que está ahí de punto fijo para una eternidad. Hay dramas terribles, causados por los celos que un aviso luminoso siente frente al éxito de un chambergo que se pasea orgulloso ante las miradas de los transeúntes que desdeñan las letras iluminadas. Hay una cama que se encabrita una noche que su propietario se acuesta en ella con espuelas. Para José Miguel Varas, el caballo blanco de Napoleón era color cinco.

Hay también una visión muy personal de las cosas cotidianas:

"Admiro a esos que van en la parte delantera de los acoplados de los tranvías, llevando grandes coronas de flores. Parecen que fueran a su propio entierro, tratando molestar lo menos posible y de pasar desapercibidos."

Tiene rasgos de ingenio, sin caer en el chiste barato. Es inteligentemente irrespetuoso de las tradiciones: "O'Higgins, era trágica y concienzudamente patriota. Amaba a Chile arrugando la frente, con los dientes apretados y la cara roja. José Miguel Carrera era aficionado a lo espectacular. Le gustaba hacer teatro y sus escenas eran de ca-

lidad: cuando actuaba lograba impresionar. Era dramático y lo lograba por medio de actitudes, nunca de palabras. Sabía sacar partido de su figura. Usaba métodos cinematográficos."

Con natural y exquisito desenfado, manda al diablo el farrago de pesadeces a que nos tiene acostumbrado la literatura nacional; la historia, la anotación inerte de detalles materiales sin vida; el lenguaje popular reproducido y anotado y remendado como si fuera nuestra única muestra de talento.

En Varas, aunque se le nota inexperto y demasiado joven, se produce el fenómeno admirable entre nosotros del escritor que cambia, por magia, el universo circundante. Hace carambolas con el mundo exterior, al que da un sentido propio. Tiene equilibrio para ser desequilibrado lo que es asombroso en un principiante. No cae en el afán de querer brillar demasiado. No tiene la manía de querer hacer cosas perfectas, que es lo que más mata entre nosotros la vocación literaria y todas las vocaciones. Su libro tiene una naturalidad que de repente parece que se va a terminar, porque se le ve demasiado natural. Y eso es malo. Una vez que pierde el hilo, es difícil retomararlo.

¿He dado una idea de lo que es el libro de Varas? Si yo dijera que esa idea se expresaría mejor dando vuelta todas las cosas al revés, estaría faltando un poco a la verdad, porque no se trata de una exhibición de extravagancias. Pero estaría diciendo también algo de cierto. Porque un muro de pesadez se rompe al leerlo. Entonces se siente el deseo de hacer cosas sencillas y raras. Multitud de pequeños placeres de la imaginación, olvidados por la vida de hoy, que oscila entre la angustia y la rutina, reaparecen de pronto, vienen a uno juvenilmente desde este libro.

Pero sería erróneo declarar que Varas será con el tiempo un gran humorista. Puede transformarse en cualquier momento en un escritor terriblemente serio. Su obra está centrada en un punto de partida que puede llevar a cualquiera dirección. Después de todo una actitud humorística es una de las pocas actitudes que se pueden tomar hoy seriamente. Hay que pedirle a Varas que tenga la seriedad de no desear ser serio ni cómico. Está empezando a producir. Que siga. Y que no se encuentre a sí mismo.

El escritor que se encuentra totalmente a sí mismo, pierde los lectores

(1)— "Cahuín". Por José Miguel Varas Morel. Escuela Nacional de Artes Gráficas. (Tiene una portada horrible).